

A 30 años de la muerte de Allende: Una reflexión sobre la Política y la Memoria Colectiva

Eduardo Rojas



“Los hombres y los pueblos sin memoria de nada sirven; ya que ellos no saben rendir culto a los hechos del pasado que tienen trascendencia y significación; por esto son incapaces de combatir y crear nada grande para el futuro”. (Salvador Allende. Discurso en la Cámara de Diputados. 1939).

La discusión política y teórica sobre la memoria histórica ha adquirido particular relevancia en Chile y países vecinos durante los últimos años. La conmemoración de los 30 años de la muerte del Presidente Allende y la consideración de su legado, a menudo conflictiva, incluso en la izquierda, ha **renovado la actualidad del tema y removido la conciencia** de amplios segmentos de la sociedad.

Sobre Allende y su significación para el futuro ha habido y seguirá habiendo conflictos y polémicas no sólo entre la izquierda y la derecha, sino, además, entre los propios sectores progresistas llamados a heredarlo. Por fidelidad a la historia real, de éstos cabía esperar que apreciaran la convicción allendista sobre la posibilidad de cambios profundos dentro de las instituciones más que condenar su crítica revolucionaria de la democracia plural lograda por Chile hacia los años setenta. Argumento éste preferido de la derecha cuando busca dar razón de su persistente vocación antidemocrática. Sin embargo, ese privilegio de la herencia reformista de Allende no es en absoluto obvio para todos sus herederos.

Cuando el reformismo progresista de hoy rechaza las bases que le da el de ayer, es la relación en otras épocas indiscutiblemente positiva entre memoria popular y política popular la que resulta cuestionada.

De ese cuestionamiento quisiera ocuparse este artículo. Más en concreto, de sus aspectos teóricos o de las concepciones tras las ideas que nuestros políticos aplican hoy en el campo de la memoria. Y, en este plano, nuestro objetivo es argumentar en tres direcciones: 1) hemos perdido capacidades para aprender de la historia, básicamente, porque tanto aprendizajes como historia son lucha y conflicto sin fin; 2) hemos transformado la política, de una práctica de acuerdos y desacuerdos, que era antes, en la técnica calculable de obtención de consensos que es hoy, y 3) hemos desligado la memoria del pasado de su función ética para el presente.

EL APRENDIZAJE HISTÓRICO ES UNA CRÍTICA DEL PODER CONSERVADOR

Las cosas transcurren a veces en la izquierda concertacionista, de la que nos ocuparemos, como si la memoria de las luchas revolucionarias del pasado dificultara los logros democráticos de hoy. Hay más voluntad política para olvidar

que para recordar la UP, sobre todo en la dirigencia, sostiene Isabel Allende, ella misma parte de la dirigencia socialista así observada. El testimonio de la hija del presidente es revelador de una idea colectiva profunda cuya actitud básica ante el recuerdo es protegerse ante los peligros que puede acarrear:

“Y llegué a Chile hacia el año noventa y me encontré con un verdadero veto; la gente no se atrevía a hablar, ni de la Unidad Popular, muy poco de Salvador Allende y casi de manera vergonzante [...] así encontré a este país. No en la memoria popular, me refiero a los dirigentes, a los estamentos públicos más notorios. Lo he visto en todos los sectores, incluido el Partido Socialista. Pero bueno. Puestos a ser benignos, podemos decir que el golpe fue tan traumático que la gente tiende a protegerse, y de ahí los dolores, las cicatrices”(1)

En otras épocas, la memoria popular se expresaba en la política. Quien militaba en un partido de izquierda, por este sólo hecho, podía conocer y apropiarse de tradiciones culturales que definían historia, códigos e identidad comunes a la militancia y sus espacios en la sociedad. La socialización ideológica en la vida organizada del partido, a través de la formación sistemática de cuadros y la permanente referencia a las luchas populares del pasado, permitía esa memoria, su actualización y su reproducción ampliada. Salvo excepciones, hoy no existen ni las condiciones institucionales ni los procesos formativos que hicieron posible tal fenómeno.

Como afirma Antonio Cortés cuando intenta una sociología crítica de partidos y políticos al fin del siglo, estos “han abandonado la función de ser dirigentes de la sociedad, promotores de una educación y de un sentido cívico superior”(2) . El hecho es que hacia 1973 la visión de la historia predominante en el mundo popular era de relación entre pasado y utopía, entre lo vivido y el horizonte de futuro deseable. Relación por la cual se formaba y, en definitiva, se constituía la militancia, como entiende Miguel, un obrero comunista entrevistado veinte años después de los hechos:

“Había viejitos muy respetables, por su fuerza moral. Yo conversaba con ellos y me abrían los horizontes. Eran gente que había ganado la medalla Recabarren. Ellos me hablaban de lo que ocurriría “cuando vivamos en el comunismo”. Yo les preguntaba: “¿Cuándo ocurrirá? ¿Cuánto tiempo se demora para llegar a eso?” Me respondían: “Eso es algo muy largo”. A mí me costaba seguir preguntando, me parecía una impertinencia, pero les dije: “entonces ustedes se van a morir antes de que eso ocurra”. Me dijeron: “el comunista no piensa así, no cree que el único mundo que tiene que construir con su sacrificio sea el mundo que uno va a disfrutar ... Sabemos que hay que luchar, si no seguiremos solitarios, sin esperanzas. Más vale luchar, así tiene sentido nuestra vida. Y el mundo de mañana no es ajeno a nosotros a través de nuestros hijos y el porvenir de la sociedad”. Para mí, escuchar eso era embriagante, era decisivo.”(3)

Esta identificación entre lucha e historia, por lo demás de acentuada raigambre marxista, surge también del epígrafe y Allende: la memoria popular es un esfuerzo de la imaginación y el pensamiento por vencer el olvido y permitir un futuro que no repita errores del pasado. En los tiempos de Allende era del sentido común de militantes e intelectuales la idea que sin extraer de la historia su significado real no es posible dar sentido a la política. Por eso, la izquierda chilena podía sin dudas concordar con J. Habermas que “aprendemos de nuestras tradiciones, nos movemos durante toda la vida en diálogos con textos y con cabezas que a través de largas distancias históricas siguen siendo nuestros contemporáneos”(4)

Pero aprender de tradiciones es un ejercicio dificultoso, tiene desde ya el doble problema de 1) identificar cuáles son y 2) apropiarse efectivamente de ellas. De las tradiciones que a primera vista nos parecen nuestras y nos constituyen, que nos conforman con el pasado y con lo que somos hoy, aprendemos sin apercibirnos de lo que nos está pasando, simplemente las ratificamos y conservamos. Pero la experiencia y la investigación social muestran que ratificar y conservar no es aprender. Sólo podemos aprender de verdad, extraer saber, de acontecimientos que reflejan fracasos, rupturas, dudas y que, en virtud de ello, cuestionan tradiciones y rutinas. Desengaños en que las expectativas más ciertas que tuvimos entran en crisis.

Por esto, si la historia vale como “maestra para la vida”, habrá de serlo como una crítica a lo tenido por correcto a la luz de nuestra herencia, crítica que se afirma en errores o problemas y, en consecuencia, somete a revisión las tradiciones de las cuales nos creemos y decimos herederos, cuestionando la autoridad que ellas generan. Aprender de la historia supone reconocer el sufrimiento de las víctimas y asumir las precariedades de certezas que parecen incuestionables.

LA POLÍTICA TECNIFICADA TERMINA NEGANDO LA MODERNIZACIÓN

En las sociedades modernas, cuyo signo básico es el pluralismo de puntos de vista, las tradiciones relevantes para el aprendizaje pueden ser más de una y competitivas entre sí. Más aun, es característica de la postmodernidad que nos toca vivir, dice el historiador Sergio Grez Toso, la ausencia de memoria colectiva, de conciencia sobre las raíces históricas de los grupos humanos; la sensación de vivir un presente corto, fugaz e inmediateista, y, correlativamente, “una incapacidad casi patológica de los individuos para proyectarse hacia el futuro” más allá del rol de consumidores.(5) Sin embargo, en Chile recordar el pasado es hoy una actividad ampliamente difundida, sobre todo el pasado dramático que la mayoría tiene en el tiempo de la dictadura. Pero aún considerado el impacto del sufrimiento pasado, sorprende el actual surgimiento de la memoria como preocupación de la cultura y la política. Así constata A. Huyssen, reconocido crítico de la cultura globalizada contemporánea, para quien ésta favorece un giro hacia el pasado que contrasta con el privilegio del futuro, característico de las luchas guiadas por las utopías políticas del siglo XX.(6)

Es cierto que ese auge rememorativo se traduce, a menudo, en una venta mercantil de la nostalgia o en su uso para fines puramente partidarios, cuyos efectos reales son la amnesia y el olvido de lo que fueron luchas y represión antes que negocio económico o pugna electoral. Pero el tema es otro. Es imperativo del funcionamiento mismo del sistema capitalista global una práctica política sin pasado ni experiencia. Huyssen o Norbert Lechner dirán con razón que la memoria es un modo de luchar contra la aceleración del tiempo y compresión del espacio impuestos por el “tiempo real” de los sistemas productivos y la comunicación informatizada y su impacto en la percepción y sensibilidad humanas.(7)

Dirigida por la gobernabilidad del sistema político y el equilibrio general de la economía, la política de hoy ya no recurre, para aprender, al trasfondo de tradiciones y experiencias acumuladas por personas y sujetos colectivos. La sociedad sólo tiene “presente” y, desarraigada de tradiciones populares fuertes, es reino excluyente del cálculo individual, desconoce valor a la experiencia compartida de trabajo y vida. De esta manera, la convergencia entre imperativos funcionales del

capitalismo finisecular y políticas de reproducción del orden en la sociedad otorga base ideológica a la “protección” que, según Isabel Allende, busca hoy la dirigencia de izquierda frente a los “peligros” de la memoria. Lo significativo es que aun en los marcos de esa sociedad y política “sin experiencia” cabe la esperanza de que la memoria amplíe el tiempo y el espacio disponibles para dotar de sentido a la acción, hacerla humana al modo que ilustra Carlos Saavedra, dirigente juvenil de Lo Espejo y escritor:

“Cuando nos referimos a la memoria tenemos la tendencia a aferrarnos a nuestros recuerdos, ... si perdemos nuestra memoria, perdemos la oportunidad de saber o intentar saber qué se siente ser humano.”(8)

Este rol constructivo y renovador del recuerdo encuentra en Chile severas dificultades para ser adoptado por la inteligencia política reinante. Con amplia base empírica y teórica, Lechner ha planteado que las dificultades para asumir las divisiones y conflictos del pasado, en nuestro país, bloquean los sueños, aspiraciones y esperanzas compartidas, afectando el desarrollo humano de la comunidad. Acallar las controversias, agrega, hace difícil elaborar alguna idea compartida de futuro. Como evidenció la detención de Pinochet en Londres, una “memoria del olvido”, que no quiere recordar el pasado y prefiere borrarlo, extrae a la sociedad su indispensable dimensión política, borra ese aspecto inherente a la vida en común de los hombres que es la elaboración de proyectos compartidos:

“Sin embargo ese velo de silencio es una amputación; eliminando el pasado se eliminan también las energías afectivas para proyectarse al futuro. Sin memoria no hay imaginación.”(9)

La aguda observación de Lechner sobre los efectos inhibidores de ciudadanía y creatividad que tiene una política de olvido es corroborada por una sólida tradición de teoría social. Evocaremos al efecto un estremecedor fragmento de Dialéctica de la ilustración, obra clásica porque mostró cómo el dominio de la racionalidad técnica de la economía capitalista hace perder al mundo su calidad humana y lleva la modernidad a un totalitarismo que la niega. T. Adorno y M. Horkheimer recogen allí la tesis de un fisiólogo francés del siglo XIX para quien el uso de narcóticos en las intervenciones quirúrgicas no elimina el dolor, sino que provoca “una debilidad de la memoria relativa al período de la intervención”. Los narcóticos crean en el paciente la ilusión del olvido (del dolor) basada en una pérdida de la capacidad de acoger y recordar las huellas de las impresiones que produce la operación. En absoluto provocan algo como una pérdida de la sensibilidad como tal. Si esto es correcto, dicen esos autores, lo que hace la intervención técnica del anestésista es que lleva a actuar ilusoriamente frente al dolor, el olvido inducido deshumaniza, transforma al hombre en una cosa:

“Podría surgir la sospecha de que nos comportamos con los otros hombres y con la criatura en general no de distinta forma a como lo hacemos con nosotros mismos una vez superada la operación: ciegos frente al dolor. El espacio que nos separa de los otros, tendría el mismo significado, para el conocimiento, que el tiempo que se interpone entre nosotros y el dolor de nuestro propio pasado: el de un límite infranqueable. Pero el dominio permanente sobre la naturaleza [...] recibe su fuerza de esta ceguera; más aún, ella se ha hecho posible sólo merced al olvido. Pérdida del recuerdo como condición trascendental de la ciencia. Toda reificación es un olvido”(10)

La sugerencia es que el olvido y la ceguera ante el pasado, posibilitados por una

operación científica y técnicamente calculada de la acción política, sólo puede ser eficaz si crea una separación infranqueable (que se revelará finalmente ilusoria) entre los hombres, sus organizaciones y sus acciones. La imposibilidad de comunicarse y, en los hechos, objetarse, crea una ilusión de acuerdo y consenso.

Esta lectura, aparentemente teórica, trae a la mente la operación sobre organizaciones de DDHH emprendida por la UDI hace unos meses y explica por qué su éxito dependía de que los actores y organismos involucrados aceptaran pasivamente la propuesta, no la vincularan a hechos y responsabilidades del pasado. Tarde o temprano, la incomunicación y las barreras para el recuerdo de la violación de los derechos más fundamentales de los sujetos, tratados hoy como si fueran cosas a comprar, sería quebrada por la imaginación y la creatividad que distinguen a los humanos pensantes de las máquinas manipulables.

Más de alguien aprendió del caso UDI lo difícil que es manipular políticamente el recuerdo cuando este tiene la intensidad de la experiencia del terrorismo de Estado. Incluso quien no vivió esa experiencia sino sólo a través del relato familiar termina haciéndola suya. Así testimonia, por ejemplo, Humberto García un joven socialista que nació un año antes del golpe y que, a medida que crecía, dice, descubrió palabras que no se podían pronunciar sin que los adultos se censurasen nerviosamente pero que al final estallaron:

“Me recuerdo cuando acompañé a mis padres a votar la Constitución del 80, era la primera vez que visitaba el Estadio Nacional. En las murallas vi como habían leyendas que yo no entendía y preguntaba a mi padre y tíos de qué trataban, la respuesta cuando no era un ¡no pregunte cosas! era un largo mutismo. Mi abuelo, un anciano enfermo que siempre me trataba como un niño grande, me contaba unas historias que yo encontraba bellas, cuentos épicos que me gustaban mucho, porque narraban cómo él había sido feliz y protagonista de esas historias. En ellas siempre se repetía el mismo personaje: un hombre llamado Compañerocuando estaba el compañero nunca me faltó el trabajo ni gané tanta plata; el compañero cuando hablaba con nosotros era súper claro; con el compañero luchamos hasta que lo sacamos; al compañero lo traicionaron; el compañero nunca fue cobarde, murió peleando; los milicos siempre le tuvieron miedo, etc. Mucho tiempo después descubrí que ese personaje llamado compañero, el mismo rostro de gruesos marcos de anteojos negros que veía pintado en las murallas, era Salvador Allende.”(11)

Hay también en el problema de la memoria un problema con el conocimiento. Es corriente en las ciencias sociales postular una oposición entre historia y memoria, como si ésta fuese un relato subjetivo y trivial al que sólo el científico social experto puede dar validez y seriedad. El punto es que la ineludible naturaleza interpretativa de toda representación de la realidad, que la ciencia social no puede ya ignorar sin perder su calidad de tal, hace problemática tal oposición entre historia (objetiva) y memoria (subjetiva).

En rigor, toda interpretación válida de acontecimientos pasados exige una apertura racionalmente explicada ante historia y memorias, tanto las que llamamos serias porque demuestran su validez como las que parecen sólo imaginación personal. Es que los sujetos corrientes, sostiene Gabriel Salazar, recuerdan más y más históricamente que quienes ejercen el poder sobre ellos. Pues una correcta interpretación o hermenéutica de su pasado equivale, nada menos, que a hacerse responsables por el transcurso de sus vidas:

“Por ello, la configuración interpretativa de los recuerdos, en sí misma, más que

una “verdad objetiva”, es un “hecho de libertad”, un factum de autonomía, un bastión de identidad armado desde la memoria social, que se opone, contrafactualmente, a la facticidad dictatorial que impacta desde lo exterior. Es ese poder hermenéutico el que da fuerza y vida a la porfiada fe vital de los vencidos.”(12)

Se hace comprensible, así, que reconstruir la memoria real de la izquierda real, de años dramáticos para militantes y dirigentes como los últimos treinta, es pensar colectivamente las luchas, la represión, el sufrimiento y los traumas del pasado, o las alegrías, triunfos, ironías e, incluso, el recuerdo reducido a mercancía o a instrumento de persuasión políticamente interesada.

Toda memoria emergente de ese pensar amplio ocupa el espacio público con otras, la exclusión a priori de alguna sólo opera como una ideología cuya efectividad depende del poder de dominación de su autor. Que en el recuerdo del actor la historia verificada y la memoria personal no se excluyen mutuamente, sino que se comprenden entre sí, es una idea de amplia resonancia en nuestra cultura ilustrada, como nota Remigio Utreras, profesor secundario y militante exiliado, en un libro publicado en Suecia. Utreras piensa esa mixtura de realidad e imaginación que es la memoria popular cuando despliega todo su valor:

“Y sobre Chile hay mucho que recordar y contar, la memoria tiene la obligación de reconstruir el pasado pues éste también forma parte de nuestra realidad. Lo que ahora he tratado de reconstruir son pequeños fragmentos, algunos reales, otros a lo mejor soñados o imaginados. Difícil tarea ésta de separar lo ficticio de lo real.”(13)

LA MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS ES SIEMPRE UN VALOR ÉTICO PARA EL FUTURO

Por fortuna para la izquierda y el respeto de los DDHH, hay una relación interna directa entre memoria y democracia. Éste es el sentido ético esencial del recuerdo colectivo del pasado. El rechazo de recuerdos y vivencias penosas no funciona a voluntad y conciencia de cada cual, tampoco del poder.

Puede decretarse una amnistía, como hizo la dictadura, o mantener secretos ciertos actos, como con buena intención hizo la Concertación a veces, pero la represión de memorias disonantes no da resultados estables. Las verdades a medias en el hipercomunicado mundo de hoy son difíciles de controlar y, en todo momento, pueden hacer estallar el dispositivo de ocultación. El capitán de bandada aérea, retirado, Jorge Silva, quien salvó la vida al militante del Mapu Felipe Agüero cuando entraba al circuito de la tortura en septiembre de 1973 y, más tarde, para evitar represalias ocultó el recuerdo, le decía en una carta del año 2001 lo siguiente:

“Hace muchos años en mis recuerdos sólo representabas un nombre más. Entonces eran momentos en que necesitaba borrar de mi mente nombres que podían arrastrarnos a situaciones impredecibles [...] Hemos llegado al momento de recordar, no importa lo doloroso que ello sea. Para que los responsables se enfrenten con sus conductas y para que las generaciones que nos siguen sepan la verdad y así se impida que suceda esa tragedia una vez más.”(14)

Ese poder del recuerdo para sobrevivir y mantener su diversidad impone un abordaje plural a cualquier política con el pasado. Por eso, la izquierda chilena,

cuando hizo historia, tuvo siempre más de una verdad. Sólo el debate público más amplio puede traer a la memoria su valor de verdad y contribuir así a que el pasado sea un patrimonio colectivo:

“Abriendo amplios debates públicos sobre el pasado. Debates que se darán en el marco de los medios y el mercado, pero eso es inevitable. La memoria colectiva no es natural: siempre ha sido una construcción, como los mitos nacionales. La diferencia es que en la modernidad hay conciencia acerca de que la historia es una construcción. No una invención, porque está ligada a las raíces de la cultura, a lo vivido, pero tampoco una “esencia” que perdura cuando uno no se preocupa por ella.”(15)

La pregunta de Huyssen sobre este tema es fundamental: ¿no constituye poder esencial de la memoria que pueda ser discutida desde nuevas perspectivas, desde evidencias novedosas, desde espacios que ella misma había bloqueado?(16) La historia de Chile y con mayor razón su historia social, subrayarán G. Salazar y J. Pinto, no se agota en el estado, líderes o héroes, sino que abarca a la totalidad de las personas cuyo protagonismo cotidiano, siempre mal conocido, es la carne y sangre de la verdadera historia.(17)

En realidad, aprender del pasado es descubrir sus aspectos significativos para el presente, lo cual suscita la cuestión crucial de los criterios de relevancia a utilizar. Habría que extraerle “objetos adecuados”, al decir de Hannah Arendt, pero éstos “comienzan a existir sólo cuando el espíritu recuerda de manera activa y deliberada, cuando recopila y elige del archivo de la memoria aquello que le despierta el interés necesario para propiciar la concentración”.(18) En tiempos en que la economía clausura el pensamiento, aprender de la historia exige a la izquierda un metódico ejercicio para destacar fragmentos y tradiciones que le dieron el signo democrático, progresista y anticapitalista que la identificó ante sí y ante otros. Dicho como S. Grez, una memoria que sea indispensable para ser ciudadano hoy:

“Pero tal vez la historia que requiere el ciudadano de nuestros días, o más exactamente, la historia que precisan las personas para acceder efectivamente a la categoría de ciudadanos, no puede ser el relato de un pasado muerto que ya no guarda relación alguna con las preocupaciones actuales, sino una trama donde la relación entre el presente y el pasado es muy activa, una historia puesta al servicio de las preguntas que el presente le plantea al pasado a través de la labor de los historiadores.”(19)

Así enfocada, una memoria democrática es un recuento de ideas, luchas, contradicciones, triunfos, fracasos y cambios, subvalorados y desconocidos, a menudo, por una razón política cuyo ideal, antes que la ciudadanía, es la administración técnica exitosa de su intervención en la sociedad. El aprendizaje surge si el reconocimiento del pasado lleva a una visión actual no idéntica a la de entonces, al modo tan nítido invocado por un dirigente juvenil citado:

“Al mirar nuestra memoria, ya reconocemos que no somos los mismos, y que la posibilidad de un futuro, y de nosotros mismos en él, ya no son lo mismo, que nuestras poblaciones, construidas en los sesentas, son sólo el cascarón de un nuevo ciclo histórico, en el que los sujetos, como el poblador urbano, ha mutado, porque el proletario ha mutado, porque los mapuches no eran ni son el campesinado pobre, son los mapuches, porque la mujer hoy es más proletaria que el proletariado de Manchester, porque hoy las niñas y niños son asalariados y necesarios para la productividad.”(20)

La izquierda aprende de su pasado si se hace hoy ciudadana cabal y reconoce las diferencias que trajo el tiempo, pero toda lectura irreflexiva de la experiencia puede llevar a confundir ciudadanía responsable (democrática) con imparcialidad. Y como muestra algún recuerdo del golpe de 1973 que choca con la memoria colectiva de las responsabilidades, el intento de imparcialidad en el recuento del pasado acarrea peligros de error grave si no es objeto de reflexión sistemática y se le somete al escrutinio, directo o representado, imaginado, de otros que compartieron la experiencia. Es la posibilidad misma del pensamiento humano (que “es siempre recuerdo”) lo que surge en la reflexión sobre el tiempo, dice H. Arendt: la brecha entre pasado y futuro sólo se abre en la reflexión sobre lo que está ausente, ya sea porque ha desaparecido o todavía no ha aparecido.(21)

La idea es que no hay memoria, sino sólo un artefacto técnicamente impecable, pero falso, si piensa que sus autores, no importa cuáles ni tras qué objetivos, actúan ante una sociedad que los contempla, inmune o neutral frente a los efectos del recuerdo. No hay memoria ni historia real si se equipara, como uno entre otros, el discurso del torturador al del torturado o el de la explotación al de la justicia. Como queda patente en un diálogo, recordado por Fernando Villagrán, entre Ángela Jeria de Bachelet y su torturador, la superioridad ética y moral de la víctima es incuestionable para todo aquel que se crea persona ética y moral:

“-Yo tengo que hablar con usted algún día.

-¿Ah sí? ¿Por qué sería? –le respondió amabilísimo.

- Es que nosotros nos conocimos hace muchos años –agregó ella.

- ¿Y dónde? –inquirió Moren, no exento de coquetería.

- En Villa Grimaldi.

Estas últimas palabras sobresaltaron al torturador.

- ¿Quién es usted? –preguntó entonces muy nervioso.

Al escuchar que la mujer que tenía ante sus ojos era la esposa del general Alberto Bachelet, el otrora prepotente interrogador se golpeó la frente con su mano y rápido abandonó el lugar. Entonces pasó a ser Moren Brito el que, desde ese momento, intentaba evitar los casuales encuentros. Un día la estrategia falló y el hombre ingresó al ascensor en que viajaba Ángela. Ella volvió a tomar la palabra para decirle que no lo odiaba, que más bien sentía lástima por lo que él le había hecho. Al temible agente se le llenaron los ojos de lágrimas y no terminaba nunca de agradecerle esas palabras a la viuda del general Bachelet [...] Ella no le da la mano, pero se siente en paz. Descubrió en carne propia que la tortura no se perdona, pero que no perdonar es distinto a sentir odio. De él no se sabe cómo recuerda a sus cientos de torturados, pero sí que no se puede sentir en paz.”(22)

Se dice que el poeta francés René Char condensó una vez lo esencial del significado histórico posterior de la resistencia francesa a la ocupación nazi con la frase: “nuestra herencia no proviene de ningún testamento”.(23) La herencia de las luchas contra el poder omnímodo, quiso decir, no está prescrita ni asegurada por ningún texto ni voluntad de obligatorio cumplimiento, cuando esas luchas triunfan aparece el olvido y el recuerdo se transforma en arma política.

Cuentan obreros, jóvenes y mujeres, que así les ocurrió al terminar con la dictadura de Pinochet e iniciar la Concertación. La unidad, participación amplia, libertad y justicia conquistadas en la protesta social, patrimonio que esperaban recibir como herencia, se habían perdido tras la derrota del enemigo común. Lo único que parecía posible en el presente era volver a la lucha de ideologías que dividían a antiguos compañeros “enzarzándolos en las polémicas interminables de

una guerra de papel".(24) En el único sentido que podemos compartir todos, la memoria es sólo nostalgia cuando no considera la especial situación política del pasado victorioso, si lo hubo, a la luz de la situación y la conciencia del actor político que hoy ya no tiene el poder para con/vencer.

Suma hecha, toda memoria real es una reflexión política entre sujetos que se reconocen, y reconocen sobre todo a aquel cuyos derechos fueron aplastados por el poder político. Allende está en el recuerdo y en el futuro porque representa un patrimonio reformista genuinamente democrático que no puede ser ocultado, como intentó el golpe militar de septiembre de 1973, sin poner en peligro la posibilidad misma de vivir en comunidad, ellos y nosotros. Incluso en las condiciones del pluralismo y la modernización social, no hay ética posible para la vida común que equipare las víctimas del terror de estado con los victimarios. En este sentido no sólo la izquierda es heredera de Allende, sino quien sea que quiera preservar una visión ética y moral, en definitiva humana, de la política y de la sociedad.

* Eduardo Rojas:Vicepresidente de la CUT en 1973, magister en ciencias sociales. Ex militante del MAPU, hoy del PS de Chile .

*Algunas de las ideas acá expuestas las hemos utilizado en la introducción a un texto histórico sobre la izquierda chilena: ARRATE JORGE y ROJAS EDUARDO: Memoria de la izquierda chilena. Tomo I (1850-1970), Ediciones B, Santiago, 2003.

NOTAS AL PIE:

1 ALLENDE ISABEL: Entrevista en El País de Madrid, publicada en Página 12 de Buenos Aires el 23 de junio de 2003.

2 CORTÉS T. ANTONIO: Progresismo: proyecto nacional o rendición histórica. En asuntospublicos.org Informe 102, Santiago, 2001.

3 En DEL POZO JOSÉ: Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda en la época de la UP. Ediciones Documentas, Santiago, 1992.

4 HABERMAS J.: ¿Aprender de la historia?. En. Habermas J.: Más allá del Estado Nacional, Ed. Trotta, Madrid, España, 1997.

5 GREZ TOSO S.: Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del Manifiesto de los Historiadores. En GROPPA BRUNO y FLIER PATRICIA (comps.): La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay, Eds. Al Margen, La Plata, Argentina, 2001.

6 HUYSEN ANDREAS: En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2002.

7 LECHNER NORBERT: Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política, LOM ediciones, Santiago, 2002.

8 CARLOS SAAVEDRA: A propósito de la memoria. En GARCÉS M. et allí (comps.):

Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX, LOM Eds., Santiago, 2000.

9 LECHNER N.: Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social, Contribución al Foro Desarrollo y Cultura organizado por Science Po para Asamblea General del Banco Interamericano de Desarrollo, BID, Paris, Francia, 1999.

10 ADORNO T. Y HORCKHEIMER M.: Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos, Editorial Trotta, Madrid, España, 2001.

11 GARCÍA FERREIRA HUMBERTO DANILO: 30 AÑOS, a propósito.... YO TENGO 31, Testimonio en pschile@terra.cl.

12 SALAZAR, GABRIEL: Memoria, hermenéutica y movimiento de la “baja sociedad civil” (Chile sobre el 2000). En GARCÉS M. et allí (comps.) 2000, op. cit.

13 VV AA: Tan lejos, tan cerca. Autobiografías de chilenos en Suecia, Ediciones del Reencuentro, Embajada de Chile en Suecia y Bokförlaget Tranan, Suecia, 2002.

14 En: VILLAGRÁN FERNANDO: Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH, Ed. Planeta, Santiago de Chile, 2002.

15 A. HUYSSEN, Reportaje en diario Clarín de Buenos Aires el 27 de abril de 2002.

16 Huysen A. 2002, op. cit.

17 SALAZAR G. y PINTO J.: Historia contemporánea de Chile. II. Actores, identidad y movimiento, LOM Eds., Santiago de Chile, 1999.

18 Arendt H. 2002, op. cit.

19 Grez Toso S., 2001, op. cit.

20 CARLOS SAAVEDRA op. cit.

21 ARENDT H.: La vida del espíritu, Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina, 2002.

22 En Villagrán Fernando 2002, op. cit.

23 ARENDT HANNAH: Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política, Eds. Península, Barcelona, España, 1996.

24Id.

©2000 Asuntos Públicos. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este sitio con sólo indicar la fuente.

FUENTE: www.asuntospublicos.cl



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2006 